

cia, el Directorio se hizo á su vez acusador y les dijo á los Quinientos que con su conducta sembraban por todos lados la desconfianza, el temor y el desorden. Y no queriendo incurrir en más responsabilidades puso al descubierto la miseria del Estado; á los enfermos abandonados en los hospitales, á los niños expósitos muriendo de hambre por falta de amas, á los inválidos vegetando en la miseria, á la marina sin sueldo desde hacía tres meses, á los altos funcionarios del Estado sin sueldo, y á los acreedores del Estado sin dárselos el cuarto de sus créditos que les había ofrecido.

Los Quinientos debían ahora contestar al gobierno ofreciendo los recursos que éste no encontraba en parte alguna, y hé aquí lo que Gibert el ponente de la comisión de Hacienda propuso el 14 de Junio.

Proponía en primer lugar que no se pagasen en metálico los contratos pendientes con los proveedores del ejército, sino que se inscribieran sus intereses en el Gran libro, lo que equivalía á declarar nullos los tratos convenidos, asustar á los contratistas y alejarles de todo negocio con el Directorio. Pedía luego que se prohibiera á los comisarios del Tesoro hacer operaciones en metálico bajo la inspección del Directorio, debiendo ahora hacerse bajo su responsabilidad personal y la inspección de los representantes del pueblo, lo que era destruir toda la máquina administrativa que no tenía más recursos que el botín de guerra y los tráficos usurarios, y en fin se quitaba al ministro de Hacienda la facultad de determinar la urgencia y orden de los pagos, pasando esta facultad á la comisión del Tesoro, que por la Constitución era independiente del gobierno, lo que era poner la Hacienda en todos sus detalles bajo la dirección del Tesoro y por consiguiente bajo la representación nacional, destruyéndose la independencia del ejecutivo.

Fueron estas proposiciones aprobadas en los Quinientos después de acalorados debates, pero los Ancianos se asustaron, vieron mayores desórdenes en puerta de los que se querían remediar y los rechazaron. Esto bastó para que muchos se fijaran en la composición del Consejo de los Ancianos, y notaran que tal vez era más liberal que los Quinientos.

¿Era posible que hombres tan empeñados en desacreditar la Revolución y el Directorio, dejaran en paz la política exterior?

Gibert había hecho público que se había consentido por la comisión de Hacienda anterior de la que él era miembro, una operación financiera «infame», con sus palabras para que el Directorio hiciera dinero para hacer la paz mientras se emplea en la

guerra, porque el Directorio no veía medio de poder mantener los ejércitos en el interior una vez hecha la paz, lo que era decir al mundo que Francia hacía la guerra para que le mantuvieran sus soldados. ¿Y cómo se hizo esta operación? Dándole al Directorio en mandatos cien millones para que éste comprase sederías, y luego las revendiera en metálico. Cuando de esta manera se tenía que proceder para hacer dinero, ¿no era en verdad irritante que se atacase el gobierno dictatorial por la malversación de que eran efecto los caudales públicos? Cuando tales cosas se revelaban, los manejos de Bonaparte en Italia no podían ser absueltos.

Los verdaderos realistas odiaban á Bonaparte; en él no veían más que al hombre de vendimiario. Los moderados le querían, para ellos era el hombre que había cerrado el club del Panteón. Los jacobinos le adoraban, era el hombre de las grandes victorias de la república, el fundador de repúblicas, y el que había dicho al rey de Austria y emperador de Alemania que la república no tenía necesidad de su reconocimiento, que brillaba como el Sol, y que peor para él que no lo viera. Sin embargo, nadie se atrevió á atacar al general, sino al Directorio que era inocente de todo lo que se le acusaba, pero que protegía noblemente lo que dejaba hacer, hé aquí porque Bonaparte se mostraba el más decidido sostenedor del Directorio, sobre todo cuando Mallet du Pan publicaba en Berna dos cartas, haciendo público lo ocurrido en Venecia y Génova.

Nosotros admitimos que los actos de Bonaparte merecieran la más acerba censura, pero basta ver el cuidado que se ponía en no agraviar al general de vendimiario para comprender que sólo se le quería inutilizar por tabla, dando directamente al Directorio. Esto es lo que hace miserable una oposición que comprometía la paz gloriosa que Bonaparte imponía á los enemigos de la república y de Francia; y lo que hacía menospreciables los honrados escrúpulos de los que detestaban una política aventurera, queriendo, sin embargo, salvar al aventurero de quien se temía que no enviara á los Quinientos con Junot ó Lavalette algún mensaje perentorio.

La izquierda, como ya se adivinará, hizo resaltar esta contradicción de la derecha y tomó resueltamente la defensa de Bonaparte, por la que se procuró enterrar el asunto por el astuto Thibaudeau tan pronto vió que se había errado el golpe. Sin embargo, el golpe se había dado. Bonaparte contaba ya entre sus enemigos á la mayoría de los Quinientos, así tan pronto se enteró de lo que había pasado escribió al Directorio pidiendo «su retiro para vivir

tranquilo, caso de que los puñales de los realistas quisieran dejársela.» Bonaparte, pues, acusaba de realista al Consejo de los Quinientos. De esta opinión eran ya Rewbell, Barras y La Reveillere.

La dimisión de Bonaparte lleva la fecha del 30 de Junio, de modo que se cruzó con una carta del 24 del mismo mes, suscrita por los tres directores mencionados pidiéndole su protección. Carnot y Barthelemy ignoraron este paso de sus colegas, que hubieran rechazado indignados, porque ni uno ni otro creían en esta mayoría realista en los Consejos. Ya lo hemos dicho. Los realistas conscientes eran una minoría, pero la mayoría, inexperimentada, se dejaba llevar por éstos, y por consiguiente, había más ó menos tarde de caer del lado que la empujaban. El honrado Carnot y Barthelemy que resultó en el Directorio un hombre nulo, pues nunca pudo decirse acerca de lo que convenía á la situación política, faltaban en no ver este movimiento que no era posible contener haciendo concesiones al espíritu moderado. El golpe de Estado ó la restauración eran, pues, las dos soluciones que se presentaban para llegar á crear ese gobierno fuerte y conservador que todos deseaban. Por esto Mallet du Pan, subvencionado por Thugut, estuvo imprudente, pues rara vez saben los conspiradores ser prudentes en los momentos decisivos. En cambio la prudencia del Directorio puso á Hoche en la situación más difícil.

El triunvirato directorial, como se decía entonces, no estaba, en verdad, á la altura de las circunstancias, y como un golpe de Estado republicano resultaba un golpe de Estado en su favor, no eran pocos los que le rechazaban para que no les aprovechara. Ni Barras, ni Rewbell, ni La Reveillere tenían el prestigio que para ello necesitaban, ni eran hombres para dirigirlo ni ponerse á su frente. Sin las circunstancias que tanto les favorecieron, no habrían realizado su intento ni á la primera ni á la segunda intentona.

Hoche tuvo en la segunda semana de Julio, al regresar de la Haya á París á donde había ido para apresurar el armamento de la escuadra holandesa á fin de intentar un nuevo desembarco en Inglaterra, una entrevista con su amigo el diputado demócrata Marbot, y en el curso de la conversación le dijo que tal como iban las cosas, tal vez dentro quince días, Luís XVIII, sería proclamado rey en París, de modo que al Directorio no le quedaba más que quince días para salvar la república. Que si el Directorio le necesitaba él estaba dispuesto con sus batallones á darle su apoyo, y que nunca mejor

ocasión ya que ahora iban á pasar por cerca de París los que dirigía de la Sambre á Brest para la proyectada operación contra Inglaterra. Marbot no se lo hizo decir dos veces. Entró de todo á Barras y éste siempre aficionado á conspiraciones aceptó el apoyo de Hoche que tan inesperadamente se le ofrecía, y resolvió tratar el golpe de Estado como una conspiración. Pero tuvo tanta fortuna, que de la misma manera que se encontró con un Hoche á mano cuando se consultaba á un Bonaparte, los constitucionales á quienes tampoco gustaba el aspecto de la política, le ofrecían ocasión de desembarazarse de los ministros que podían estorbarle cuando él no daba con el medio de separarlos de sus puestos, éstos eran Cochon, Benezech y Petiet, ministros respectivamente de Policía, de Gobernación y de la Guerra, es decir, los más indispensables para el buen éxito del golpe de Estado. Estos hombres estorbaban no por desafectos á la república sino por afecto á Carnot cuya política representaban.

Ponían los constitucionales como condición de su apoyo, que el Directorio adoptara una conducta moderada y despidiera del gobierno á los ministros radicales, esto es, á Ramel, Merlin, Turget y Delacroix. Carnot cedía á todo para formar una mayoría gubernamental en los Quinientos, pero Barras, á quien habló de ello, se mostró reservado, no sólo porque ya había tomado su resolución, sino porque creía que aquello era á la vez efecto de una conspiración.

Rewbell y la Reveillere, enterados, creyeron que se debía aprovechar la situación en que se había colocado Carnot para reformar el gobierno, y al efecto se convino en tocar este asunto en la sesión que debía celebrar el Directorio el 16 de Julio.

Carnot fué el primero en usar de la palabra y pedir la modificación parcial del gabinete para satisfacer á los Quinientos, indicándoles ministros que no merecían su confianza, Rewbell y La Reveillere se opusieron á la petición de Carnot, diciendo que la Asamblea no tenía por qué inmiscuirse en los actos propios del gobierno, y esta oposición no pudieron extrañarla ni Carnot ni Barthelemy por lo mismo que se trataba de los ministros jacobinos. En esto tomó la palabra Barras para pedir que en el acto se tratara de la reforma total del gobierno, con la que parecía querer conciliar los ánimos de los directores. Resuelta la revisión total por el triunvirato, éste principió por sostener á Merlin y á Ramel abandonando á Turget y á Delacroix de los suyos, para rechazar luego á Benezech que se

reemplazó con Francisco de Neufchateau, sin hacer caso de la protesta de Carnot que declaraba que se le había sorprendido. Como ministro de la Guerra se nombró á Hoche, con tan mal acierto, que tuvo que dimitir en seguida por no tener la edad, lo que reclamó la Cámara, que veía en el nombramiento del inflexible republicano el principio del golpe de Estado. Scherer reemplazó á Hoche.

Delacroix tuvo por sucesor al antiguo obispo de Autun, á Talleyrand.

Talleyrand, al estallar el Terror había emigrado de Londres á los Estados-Unidos, y no había regresado á París hasta hacía muy poco porque su nombre aparecía en la lista de emigrados, de la que hizo borrar José Chenier. De regreso á París fué uno de los más brillantes concurrentes de la tertulia de la hija de Necker, de la señora de Staël, en la que principiaba también á brillar un joven llamado Benjamín Constant, que había principiado su carrera con un folleto defendiendo calurosamente el minis-



WURMSER

terio que acababa de caer. En la tertulia de la de Staël, el ídolo era Bonaparte, y no se hablaba más que de la gloria del general de Italia y de la de la república, Talleyrand se mostraba también su admirador, y Barras que era también de la tertulia había de ceder fácilmente á las recomendaciones de la Staël cuando así se podía hacer grato á Bonaparte cuyo auxilio y apoyo se reclamaba. Hé aquí explicada la reaparición de Talleyrand en la escena política, y nada menos que de ministro de Estado.

Fácil es de comprender la actitud de los realistas ante el nuevo ministerio francamente revolucionario. Reuníanse en una casa de la calle de Clichy para resolver sobre las cuestiones parlamentarias los diputados de ese partido que se calculaban en ciento noventa pero que llegarían á doscientos, pues no se incluían de Andre, diputado por Paris y otros no

menos adictos á Luis XVIII, y en esa reunión el nombramiento del gobierno estalló como una bomba, resolviendo acentuar desde luégo y de la manera más viva su oposición.

Hoche acercó sus batallones á París y cuatro regimientos de caballería aparecieron en la Ferte-Alais, que caía dentro del perímetro de cinco miriámetros en el que no podía penetrar fuerza alguna sin el consentimiento del cuerpo legislativo.

Enterados los Quinientos por Carnot que el Directorio no había dado orden alguna para que pasasen por la Ferte-Alais las tropas de Hoche que iban á Brest, se creyó, no sin razón, que esto era ya el segundo acto del golpe de Estado, y reclamaron enérgicamente explicaciones del Directorio. Pichegru, resuelto á combatirlo, presentó en la sesión del 20 de Mayo una proposición para la reconstitución

de la guardia nacional bajo las bases de la de 1791, acordándose discutirla tan pronto se hubiera impreso. Gibert renovó sus proposiciones económicas, que también fueron aprobadas esta vez, y habiendo excusado el Directorio la presencia de las tropas por una equivocación, Doucet de Pontécoulant propuso que se nombrase una comisión para averiguar lo que había sucedido, de esta comisión resultó él mismo nombrado junto con los generales Pichegru y Willot y otros dos diputados.

La gritería de los Quinientos se impuso á Barras que quiso desde luégo aplazar el golpe, y como los Quinientos vieron claro que el Directorio retrocedía y que abandonaba á Hoche, se hicieron más intemperantes acabando por acusar á Hoche de defraudador de los fondos públicos. En efecto el general tenía en su poder algunos centenares de miles de francos producto de las contribuciones hesenses que Barras le había dicho no entregase á la tesorería á fin de poder disponer de este dinero para el golpe de



PICHEGRU

Estado. Hoche al verse abandonado amenazó con publicar su correspondencia y hacerlo público todo porque Carnot le fué estrechando para conocer la verdad, reclamando un tribunal militar que juzgara sus actos, pero Scherer le mandó de nuevo á su cuartel general de Giessen.

Cuando se iba ya calmando la agitación ésta recrudesció más violenta que nunca al saberse lo que había pasado en Italia.

Bonaparte, al recibir la carta del triunvirato, vió claro que todo se disponía para hacer de él el hombre de la situación, y resuelto á no desempeñar esta vez al lado de Barras el papel que había desempeñado en las jornadas de Vendimiario, dió orden á todos sus generales para que se conmemorase el 14 de Julio de la manera más entusiasta y republicana posible, haciendo que las lenguas hablasen de lo que estaban dispuestas á hacer las espadas. El ejemplo lo dió el mismo en la proclama en que

anunció á sus soldados la fiesta de la conmemoración de la toma de la Bastilla:—«Soldados, les dijo: se que estáis profundamente afectados de las desgracias que amenazan vuestra patria, pero la patria no puede correr peligros reales. Aquí están los mismos hombres que la han hecho triunfar contra la coalición de Europa. Con la rapidez del águila, traspasaréis las montañas para mantener la Constitución, defender la libertad y proteger el gobierno y los republicanos. Los realistas habrán vivido desde el momento en que se presenten. Juremos guerra implacable á los enemigos de la república y de la Constitución.» Como no hay fiesta sin banquete, en el que dió Bonaparte se brindó por la Constitución, el Directorio y la destrucción del club de Clichy. La división de Augereau dijo en la felicitación dirigida al Directorio, que se hacía firmar á los soldados: «Del Adige á la Sena no hay más que un paso: los días de los traidores están contados; su precio